

del mal...» El exceso del mal aplicado como remedio no puede producir más que catástrofes. Esto lo sabe Mirabeau y por esto niega al gobierno el concurso de su pluma.

Brienne que comprendía que de nuevo iba á encontrarse frente á frente con el Parlamento, quiso rodearse de los amigos de Calonne, de los que le habían llevado por el camino de las reformas, auxiliándoles con su pluma y su talento. Pero Mirabeau se negó en redondo, y esta negativa ha llegado hasta nosotros. «Dejadme en mi oscuridad de la que estoy resuelto á no salir hasta tanto que no salga un orden de cosas regular del tumulto en que vivimos, y que una *grande revolución*, ya sea en bien ó en mal, ordene á un buen ciudadano, siempre contando sobre su sufragio á su talento, que levante su voz. *Esta revolución no puede tardar*. El estrecho en que se ha metido la nave es tan corto como difícil.»

Lafayette y Mirabeau se reservan para la *próxima y grande revolución*. ¿Por qué cuando con tanta claridad veían su inminencia, porque no se concertaron estos grandes hombres para dirigirla? Porque no tenían un plan, como no lo tenía tampoco el gobierno, y así unos y otros iban por «el difícil y corto estrecho» á la aventura y á lo que saliera.

Puesto que lo que necesitamos es dinero, se dijo el gobierno de Luís XVI, y no hay más remedio que un empréstito para procurárnoslo, pidamos al Parlamento su consentimiento, pero, ¿á qué precio consentirá darlo? Morellet, el abate Morellet, uno de los notables, grande amigo en tiempos pasados de los Enciclopedistas (su colaborador) y de Voltaire y de Turgot, y siempre de Lomenie de Brienne, y á quien hemos de ver dentro de poco ministro, Morellet excita al arzobispo á que presente resueltamente la cuestión del empréstito al Parlamento, con tal que le ofrezca llamar para dentro de dos ó tres años los *Estados generales*. Los consejos de Morellet son tan notables que merece ser traducida casi íntegramente la carta en que los dió. Dice así:

«No dudéis un momento de que ahora el Parlamento rechace, ora acepte vuestro empréstito, los parlamentos continuarán poniéndoos por delante los *Estados generales*; así estáis obligado á tener una respuesta pronta para ese quien *vive* en uno y otro caso. Si os lo rehusan, tendrán que deciros que no pueden admitir nuevos impuestos, sin que se dé á la nación alguna seguridad contra la continuación de los mismos abusos, etc., en fin, lo que ellos han dicho y lo que la nación entera repite con ellos. Yo

sé bien, y todas las gentes sensatas convienen en ello, que los *Estados generales* son una muy mezuquina garantía. Pero esto no lo haréis entender á nadie como no ofrezcáis otra mejor. Y no hay otra más que una representación nacional, esta es la única que os puede dispensar la reunión de unos *Estados generales*. En un principio hubiese bastado un consejo de Hacienda bien organizado... Este plan os propuse en su tiempo; y se rechazó. ¿A quién queréis que la nación se fie? *Los parlamentos que tan mal la defendían, la han de nuevo abandonado. Las promesas del rey dependen del carácter y de los principios de sus ministros*. El consejo de Hacienda, tal cual está, se deja llevar por el ministro. *Necesitamos una barrera* contra la vuelta de los antiguos abusos, *necesitamos Estados generales ó el equivalente: hé aquí lo que se oye por todas partes*. Una vez déis ó prometáis solemnemente este equivalente, la negativa en registrar el empréstito sería universalmente censurada, y los reproches de las consecuencias caerían sobre los parlamentos. Sino hacéis nada para debilitar esta grande objeción, ella caerá con todo su peso sobre el gobierno y sobre vos. Es la respuesta á esta objeción lo que he querido sugeriros, haciendo que prometierais al rey, en el preámbulo de su edicto, la concesión á sus pueblos de una garantía contra las sorpresas que se pueden hacer á su justicia, garantía sacada de una representación de las administraciones provinciales, bajo una ú otra forma, reuniendo á intervalos regulados, y fuera de la época de esas Asambleas, obrando por medio de una comisión intermediaria que estaría en correspondencia con las mismas administraciones. Yo no puedo daros más que una vaga indicación de ese nuevo establecimiento que no se formaría sino previo un plan bien detallado y madurado, que sería objeto de una nueva ley... Si esta perspectiva parece extraña, esto sería debido á la falta de conocer *la fuerza de la opinión pública y la debilidad del crédito*, dos circunstancias que hacen necesario un gran cambio. Respecto del primer extremo mucho me temo que en Versalles no estén al corriente. Sin embargo, bastaría para ponerse en regla, recordar los penosos sacrificios á que se ha visto obligada la nación, ora retirando los edictos, ora levantando el destierro á los parlamentos.» etc.

Versalles, en efecto, no quería oír hablar de *Estados generales*, mucho menos de una Asamblea general, todo esto ya no era Necker, era Turgot puro, era la Asamblea Nacional que Duport de Nemours sacó de la cartera de su gran amigo. Brienne que de sobras sabía que era inútil hablar ni

de una ni de otra cosa al rey, se abstuvo de hacerlo, y el tiempo pasaba, y ya «estábamos en Noviembre de 1787, y el milagro no se hacía.

Cuando vemos á todo el mundo preocupado por la solución de la crisis, ¿sólo el Parlamento permanecería obcecado en sus resistencias, y se correría al conflicto á ciegas de todos lados? En el Parlamento estaba para Brienne la solución, pero Brienne no acertaba cuál era.

Un día Lamoignon recibe una visita. Esta visita fué la de Eprenesnil. ¿Qué va á hacer en casa del irritable guarda-sellos, el más fogoso de todos los parlamentarios? Va á proponer al gobierno la solución del Parlamento, pues, no creemos que Eprenesnil diera paso tan aventurado, sin estar completamente autorizado. El Parlamento comprendiendo que de un momento á otro sería interpelado para que registrase un empréstito, prometió hacerlo bajo las siguientes condiciones: Que el gobierno ofrezca convocar los *Estados generales* para dentro dos ó tres años y someta al Parlamento un plan financiero para pasar este tiempo, á fin de que no se renueven las querellas de todos los días á propósito de las necesidades del Tesoro.

Lamoignon vió el cielo abierto y después de darle á Eprenesnil las más expresivas gracias, hasta derramar lágrimas de alegría corrió al encuentro de su colega seguro de causarle la más agradable sorpresa.

Brienne se sorprendió no de la proposición en sí, sino de que la hubiese hecho Eprenesnil. No se sorprendió el arzobispo de la proposición, pues era la del abate Morellet que hubo de hacerle pensar más de una vez en la posibilidad de tener que convertirla como base de su plan de gobierno, pero en la Corte la idea que se abría camino era la de una bancarrota total y general, bancarrota que el Linguet mismo aconsejaba, y Linguet desempeñaba ahora en los *Anales políticos* el oficio que había desempeñado Mirabeau. De modo que de un lado y de otro la opinión se iba haciendo á la idea de una suspensión general de pagos, pues el país, y esto lo sabemos por Young, no veía otra solución á la crisis económica. Besenval quiere también la bancarrota, pero no una bancarrota á lo Terray, sino una «bancarrota total.» Besenval como Linguet pasaban porque la catástrofe destruyera un cierto número de familias, ¿pero qué importaba esto para una nación de 24 millones de almas? Que el papel del Estado se convirtiera en papel mojado, en billetes de Law, que la agitación renaciera en la calle de Quincampoix como en los días del grande cataclismo, ¿y qué?

¿Se hundió la nación, con la bancarrota de Law y de Terray? ¿Por qué no se había de volver á ensayar este recurso salvador?

Brienne no podía resignarse á la bancarrota, y mucho menos desde el momento en que el mismo Parlamento asustado de su obra se ofrecía á socorrerle en sus apuros. ¿Pero entraba el Parlamento de buena fe en esas negociaciones? Tanteado el terreno y viendo que respondía favorablemente, estudióse la proposición. El punto difícil, el nudo de la cuestión estaba en asignar la fecha de la convocación de los *Estados generales*, cuanto más lejos se pusiera más probabilidades había de hacer aceptar la solución por el rey. No era menos difícil determinar la cantidad de empréstitos que iban á estimarse necesarios, pues el Parlamento quería votarlos ó registrarlos todos de una vez, salvo la parcial realización, y como Brienne después de mucho reflexionar se decidió por la convocación de los *Estados generales* para 1792, cuatrocientos veinte millones se creyeron necesarios para llegar á dicho término. ¿Pasaría tan enorme suma de empréstitos el Parlamento? Esta cuestión venía para el ministro principal en segundo término, la primera era ésta: ¿Luís XVI se conformaría con llamar los *Estados generales* para 1792? Y puesto que dió su asentimiento, ¿qué argumentos empleó Brienne para decidir al monarca tan celoso de su autoridad personal? Fácilmente pueden adivinarse, dice Chérest, puesto que no hubieron de ser otros que los que sirvieron de base al discurso del guarda-sellos de 19 de Noviembre. «Lamoignon se encargó en efecto de sostener que, hasta enfrente de los *Estados generales*, conservaba el rey de Francia la plenitud de un poder legislativo; que á su lado los representantes de las tres órdenes no formaban más que un consejo más amplio, compuesto de miembros elegidos de una familia de la que él era jefe, así continuaría siendo siempre el rey árbitro supremo de sus representaciones y de sus quejas.» En otros términos Lamoignon se encargó de anunciar que la promesa de los *Estados generales* no implicaba la de una Asamblea legislativa sino puramente consultiva. Reducida á esos términos, el compromiso no tenía nada que chocara con las susceptibilidades de Luís XVI y de su camarilla. No reflexionó que la extensión de ciertas promesas es independiente de la voluntad de los que las conceden, y sobre todo de los que las sufren; y rectificó el proyecto de sus ministros sin sospechar siquiera las consecuencias. «¿Luís XVI, añade Chérest, era menos ciego que ellos?» Esto es lo que falta saber. ¿Lomenie y Lamoignon creyeron poder sacar para el

rey de los *Estados generales* lo que Lafayette y Mirabeau se proponían sacar en favor de la nación, ó por lo contrario, buscaban en el plazo el remedio del día? Los más de los gobiernos pasados y presentes ¿se preocupan de lo que ha de pasar dentro cinco años? ¿Qué garantía tenían Brienne y Lamoignon para creer asegurada su vida ministerial has-

ta 1792? Nosotros creemos, pues, que todos contaron con el tiempo, reyes, ministros y Parlamento. El mismo Lafayette creía que se podía llegar hasta 1792, sólo Mirabeau vió desde el primer momento imposible esta fecha: «Preservaos, decía, no se sabe á quien, porque su carta no ha conservado la dirección de la persona para quien fué escrita, preser-



LALLY-TOLENDAL

vaos más de la lentitud que de la precipitación; pues ésta á lo sumo nos conducirá á faltas, que no impedirán que seamos llevados á la revolución, y que ésta se haga; pero la lentitud podría causar sacudidas espantosas.»

Mirabeau no hacía más que repetir, en puridad, lo que decían todos los que preveían las contingencias futuras por las debilidades presentes. Si la fórmula Epremesnil se hubiese mantenido el disgusto no hubiese estallado, pero, ¿cómo no prever que el país se había de indignar ante la idea de dejar para 1792 lo que parecía urgente? ¿cómo se iba á dejar al porvenir la resolución de una crisis económica aumentada con empréstitos por cuatrocientos y tantos millones? ¿No era esto querer con-

tinuar á todo trance un régimen que llevaba á la nación á la bancarrota? Húbose el pueblo de hacer estas observaciones, y la opinión se declaró francamente contra el proyecto ministerial. El gobierno se asustó, y principiaron de nuevo las lamentables equivocaciones de los tiempos pasados.

Aún cuando Epremesnil volvió á estar enfrente del gobierno, porque Epremesnil por encima de todo lo que quería era el favor público y éste se pronunciaba cada vez más por una inmediata convocación de los *Estados generales*, el gobierno no estaba por esto menos seguro de tener mayoría en el Parlamento. Pero Brienne se mostraba terrorizado por las circunstancias. Presentía la oposición del Parlamento, y temía que ésta se pusiera al frente de la oposición pa-

risión que ya llegaba á tomar por punto de mira al rey. Así se creyó que de la misma manera que se había sustraído á la reina á su indignación prohibiéndola acudir á la capital, era ahora necesario sustraer el rey á las manifestaciones de los que ya creían pesada la burla que de la nación se hacía cargándola de impuestos y tributos para que la Corte pudiera continuar su vida de galanteos y aventuras.

Efecto de este miedo ó de este temor por las manifestaciones de París y del Parlamento, se recurrió por el gobierno á medidas que por sí solas habían de producir un conflicto. Desde el momento en que el rey consiente en convocar los *Estados generales*, que va á comprometerse para ello con el Parlamento, que esta liberal medida no puede menos de traerle simpatías; el gobierno temiendo la oposición de la



ABATE MAURY

calle y la oposición del Parlamento decide escamotear la sesión al pueblo y á la oposición; no es esto confesar que por su parte se va á la convocación de los *Estados generales* de mala fe? Nadie sabe el día señalado para la comunicación real. El Parlamento hacía poco tiempo que había acabado sus vacaciones, y muchos de sus miembros estaban ausentes, por consiguiente, nadie preveía que se pudiera celebrar un acto que todo el mundo creía que necesitaba gran solemnidad, y sin embargo, el acto iba á celebrarse.

El día 18 de Noviembre, por la tarde, resuelve el gobierno convocar para el día siguiente, á las ocho de la mañana, el Parlamento, pero su resolución no

ha sido tan secreta que no se trasluzca, y se celebra el mismo día en el palacio Royal, en casa del duque de Orleans una reunión parlamentaria que encarga á Felipe la protesta, pues todos presienten que el rey entiende celebrar un lecho de justicia y no una sesión. Véase cuán rápidamente se formó la nube. Luégo habiendo acordado el gobierno en domingo la reunión para el lunes, á las ocho de la mañana, estaba seguro de que las misivas convocatorias no llegarían á tiempo para que todos pudieran asistir, y dicho se está, que esto no se hizo sin un tanteo de los que dejarían de estar presentes.

Llegó, pues, el funesto día 19 de Noviembre de 1787, y á la hora intempestiva y matinal seña-